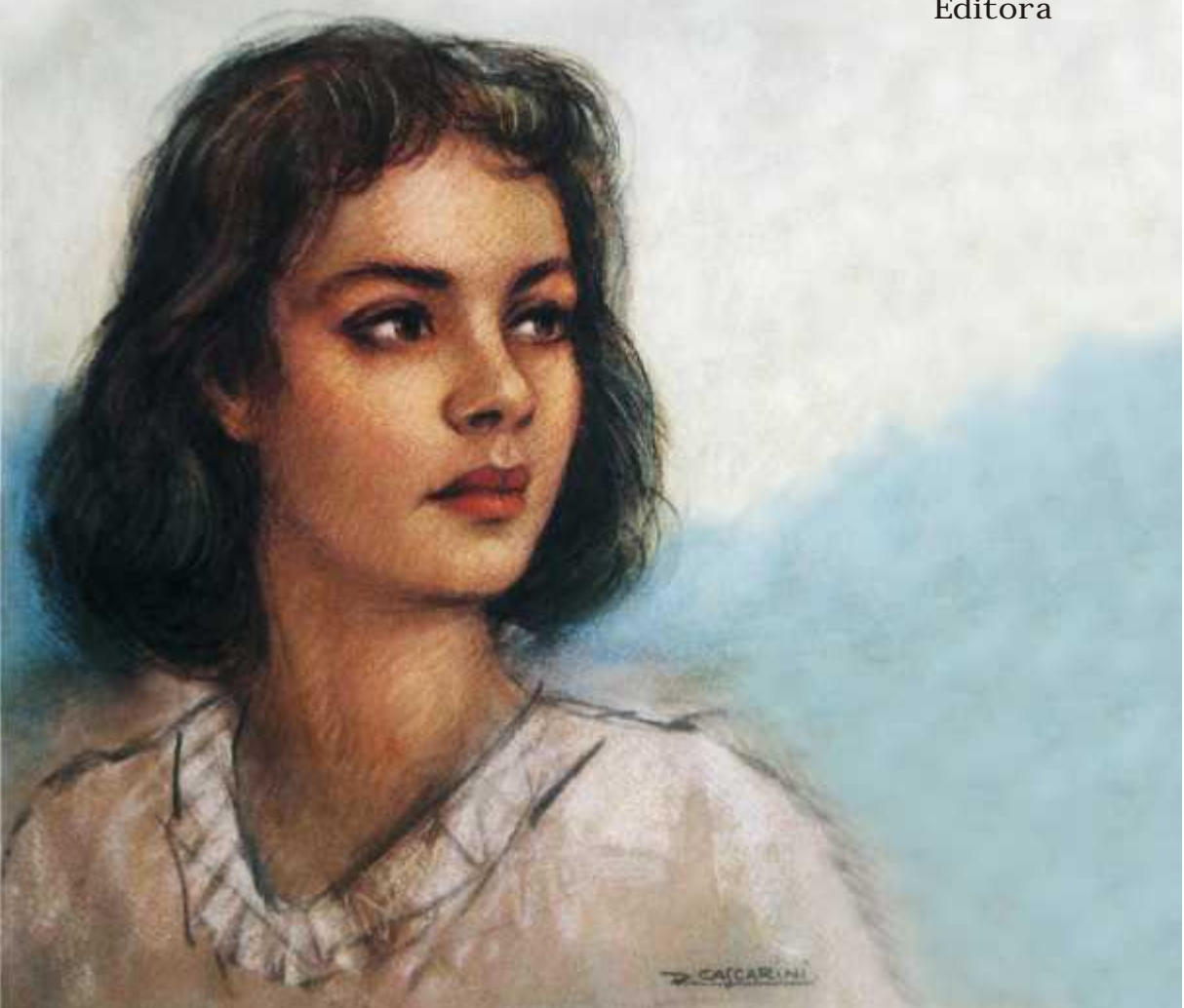


Colección  CUADERNOS de CUYO

Argentina entre el optimismo y el desencanto

Clara Alicia Jalif de Bertranou
Editora



IFAA



Instituto de Filosofía Argentina y Americana | Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional de Cuyo | Mendoza | República Argentina

El **Instituto de Filosofía Argentina y Americana** fue creado en 1984 sobre la base de lo que era la Sección de Historia del Pensamiento y la Cultura Argentinos del Instituto de Filosofía. Desde entonces realiza tareas de investigación y docencia en el campo de la historia de la filosofía argentina y americana, como así también dentro de la historia de las ideas nacionales, regionales y continentales. El propósito es servir a la enseñanza y difusión de contenidos aprovechables por las Humanidades y Ciencias Sociales. Su publicación periódica es *Cuyo. Anuario de Filosofía Argentina y Americana*.

Dentro de las actividades de investigación auspicia y realiza proyectos individuales y de equipos interdisciplinarios con el fin de enriquecer la mirada sobre tópicos específicos. En esa dirección ha realizado en diversas oportunidades jornadas y congresos internacionales.

La actividad docente se canaliza especialmente a través de las cátedras de Historia de la Filosofía Argentina e Historia de la Filosofía Latinoamericana a nivel de grado, y también mediante la organización de cursos de postgrado, seminarios y conferencias.

Publicaciones

Serie Documentos

Coriolano Alberini, *Escritos de Ética*. Col. de Historia de la Filosofía Argentina. Serie Documental. Presentación de Diego F. Pró. Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Filosofía, 1973.

Coriolano Alberini, *Escritos de Metafísica*. Col. de Historia de la Filosofía Argentina. Serie Documental. Presentación de Diego F. Pró. Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Filosofía, 1973.

Coriolano Alberini, *Escritos de Filosofía de la Educación y Pedagogía*. Col. de Historia de la Filosofía Argentina. Serie Documental. Presentación de Diego F. Pró. Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Filosofía, 1973.

Argentina entre el optimismo y el desencanto

COLECCIÓN  CUADERNOS DE CUYO

Argentina entre el optimismo y el desencanto

COLECCIÓN  CUADERNOS DE CUYO

CLARA ALICIA JALIF DE BERTRANOU
EDITORA

Universidad Nacional de Cuyo
Facultad de Filosofía y Letras
Instituto de Filosofía Argentina y Americana
Mendoza - República Argentina
Año 2007

Argentina, entre el optimismo y el desencanto /
Clara Alicia Jalif de Bertranou...[et.al.]. ;
edición literaria a cargo de: Clara Alicia Jalif de Bertranou. - 1a ed. - Mendoza :
Instituto de Filosofía Argentina y Americana. Facultad de Filosofía y Letras -
Universidad Nacional de Cuyo, 2007.

282 p. ; 23x16 cm. -
(Cuadernos de Cuyo ; 1 dirigida por Clara Alicia Jalif de Bertranou)

ISBN 978-950-774-142-5

1. Historia de la Cultura. I. Jalif de Bertranou, Clara Alicia, ed. lit.
CDD 909

ARGENTINA, ENTRE EL OPTIMISMO Y EL DESENCANTO

COLECCIÓN CUADERNOS DE CUYO

ISBN 978-950-774-142-5

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Todos los derechos reservados

© Los autores / IFAA (Instituto de Filosofía Argentina y Americana)
Facultad de Filosofía y Letras - Universidad Nacional de Cuyo
Mendoza, Argentina, año 2007
<http://ffyl.uncu.edu.ar/ifaa/>

Los escritos que integran este libro han recibido evaluación nacional.
Las opiniones expresadas por los autores son de su exclusiva responsabilidad.

Editor: Clara Alicia Jalif de Bertranou

Diseño: Gerardo Tovar

Diseño editorial: María Eugenia Sicilia

Impresión: Qellqasqa Editorial www.qellqasqa.com.ar

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA.

INDICE

Presentación. <i>Clara Alicia Jalif de Bertranou</i>	9
El ensayo de interpretación nacional como enclave político de las disputas por el sentido y las alegorías identitarias de “la nación”. <i>Marisa Moyano</i>	15
La revista <i>Nosotros</i> en el amanecer de su segunda década. <i>Clara Alicia Jalif de Bertranou</i>	39
Alejandro Korn y la “normalización” de la filosofía. <i>Dante Ramaglia</i>	63
Raúl Scalabrini Ortíz: identidad nacional y colonialismo. <i>María Antonia Zandanel</i>	85
Carlos Astrada. Filosofía de la praxis y desciframiento del mito nacional. <i>Gerardo Oviedo</i>	107
Las tradiciones ideológicas de la cultura argentina. Héctor Agosti y su interpretación del pasado nacional. <i>Marcos Olalla</i>	135
Una aproximación a las “transiciones” en el campo psiquiátrico y psicoanalítico argentino. <i>Alejandra Gabriele</i>	157
Aricó: el dilema de un intelectual entre la razón y las armas. <i>Carlos Balmaceda</i>	171
El surgimiento de la “Filosofía de la Liberación” en las páginas de la <i>Revista de Filosofía Latinoamericana</i> . Primeros posicionamientos. <i>Adriana Arpini</i>	193
Proyectos antagónicos para la educación del país entre 1970 y 1980. Análisis de los discursos ministeriales. <i>Martín Aveiro</i>	231
<i>Punto de Vista</i> : el pensamiento crítico como acto de resistencia. <i>Gloria Hintze</i>	259
Noticia de los autores	277

LA REVISTA *NOSOTROS* EN EL AMANECER DE SU SEGUNDA DÉCADA

CLARA ALICIA JALIF DE BERTRANOU

¡Toma tu reino de verdades!
Y haremos la guirnalda de este pan compartido
y haremos paz a la medida
del hombre, el ave, el enemigo y todo
lo que llamamos vida.

Eduardo Lozano, *De nacer y morir*^{*}.

In memoriam

Al cumplir sus diez años de vida, la revista argentina *Nosotros*, fundada en agosto de 1907, tenía ya una trayectoria consolidada y muy apreciada en los círculos de lectores nacionales y extranjeros. Importantes figuras de la cultura se expresaban a través de sus páginas y recibía colaboraciones desde distintos lugares, además de haber constituido una buena red de distribución no sólo local, sino también en otros países americanos y europeos. Igualmente, recibía en intercambio valiosas publicaciones que aparecían comentadas en sus secciones. En otra oportunidad hemos abordado estos aspectos y hemos puesto el énfasis en lo más destacado que apareció en sus primeros diez años de edición¹. Nos proponemos en esta ocasión referirnos a las instancias inmediatas una vez cumplida esa primera

* LOZANO, Eduardo. *De nacer y morir*. Buenos Aires, Losada, 1965.

1 Cfr. JALIF DE BERTRANOU, Clara Alicia (comp.), *Argentina en el espejo. Sujeto, nación y existencia en el medio siglo (1900-1950)*. Mendoza, Argentina, EDIUNC, 2006. Nuestro artículo “Diez años de la cultura argentina del Centenario a través de la revista *Nosotros*. Opiniones sobre la I Guerra”, p. 223-242.

Datos sobre la Revista: *Nosotros*. *Revista mensual de letras, arte, historia, filosofía y ciencias sociales*. Buenos Aires, 1ª época: 1 de agosto de 1907/abril-diciembre de 1934. 2ª época: abril de 1936/diciembre de 1943. La Revista tuvo entretanto algunas interrupciones más breves, entre mayo de 1910 y marzo de 1911; entre agosto y octubre de 1912; entre agosto de 1940 y mayo de 1941. Véase Elena Ardissonne y

década, que había dado cabida a una pluralidad de opiniones desde su política editorial, como lo seguiría haciendo a lo largo de su trayectoria, que fenece en 1943. En su casi medio siglo de existencia tuvo que sortear no pocos avatares de diversa índole, especialmente si se tiene en cuenta que era de tiraje mensual, con el tamaño de un libro, donde se imponía un trabajo denodado. Además, es preciso recordar las crisis nacionales y foráneas que debió sobrellevar en cuestiones tan elementales como la disponibilidad de papel para su impresión, por mencionar un aspecto. Bien ha rememorado la trayectoria Roberto Giusti en la “Introducción” que escribió para la edición de la bibliografía completa, que consta de 8557 entradas. Este dato nos da la magnitud de la gesta editorial que un día emprendió con Alfredo Bianchi.

El ingreso en una nueva década encontraba a la Revista conmovida por la extrema duración de la I Guerra², pero también con hechos auspiciosos en diversos registros de la cultura, de los cuales intentaremos dar cuenta por lo menos sucintamente, sin llegar a cubrir en este escrito todo lo que ofreció.

Con el inicio de 1918 la preocupación por la conflagración motivó una nota editorial bajo el título “Amenazas a nuestra soberanía”, donde la expresión “nuestra” abarcaba a la Argentina y a los países sudamericanos. Esa nota era respuesta a la editorial de la revista *La reforma social*, editada en

Nélida Salvador (comps.), *Bibliografía de la revista Nosotros, 1907-1943*, en *Bibliografía argentina de artes y letras*. Compilación especial n° 39-42. Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, 1971, 700 p. Alfredo Bianchi nació en Rosario, Argentina, el 6 de abril de 1882. Falleció el 23 de noviembre de 1942. Roberto Giusti nació en Lecce, Italia, el 10 de marzo de 1887. Nacionalizado argentino, falleció en 1978. Sobre la Revista puede consultarse: Aurora Ravina, “Profesar el plural. *Nosotros* 1907-1934/1936-1943”, separata de *Cuando opinar es actuar. Revistas argentinas de siglo XX*. Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1999, p. 57-91; “*Nosotros*: Opinión y debate sobre cultura y política. Entre la ley Sáenz Peña y la crisis de 1930”, en: *Clío*. Revista del Comité Argentino de Ciencias Históricas, Buenos Aires, 1997, n° 4, p. 29-45; Nicolás Shumway, “*Nosotros* y el “nosotros” de *Nosotros*”, en: Saúl Sosnowski (ed.), *La cultura de un siglo. América latina en sus revistas*. Buenos Aires, Alianza, 1999. A continuación toda anotación que remita a la Revista se hará sólo con los datos de impresión. En la transcripción de textos hemos modernizado la ortografía y mantenido la sintaxis original.

2 Es dable recordar que la I Guerra Mundial tuvo lugar entre julio-agosto de 1914 y noviembre de 1918.

Nueva York por el cubano Orestes Ferrara, quien sustentaba extensamente la tesis de que los países americanos no debían permanecer indiferentes ante la Guerra y sostenía que debían alinearse detrás de Estados Unidos, respondiendo al llamado de la potencia. Quienes así no lo hacían no oían “la voz del deber”, no seguían los “dictados de su [propio] interés”, “traicionaban los altos principios de la civilización”, se encerraban en “una neutralidad eunuca”, olvidando sus intereses dentro de los ideales humanos. Resultaba, en suma, un crimen moral porque Estados Unidos había “tomado las armas con decisión a favor de las ideas de la democracia mundial, sin beneficio de ningún género [...]”. Con tino advertía *Nosotros* que el editorialista obraba siguiendo intereses de la nación del Norte y, más grave aún, si expresaba el sentimiento de la comunidad latinoamericana en aquel país. Reafirmaba el derecho a la soberanía como países neutrales y lamentaba que de la “pluma de escritores latinoamericanos de mucha responsabilidad, surja el más rotundo desconocimiento de [...] justicia internacional por la cual están luchando los pueblos”. La transcripción *in extenso* de la opinión de Ferrara, titulada “La América latina y la gran guerra”, fue publicada para que el lector sacara sus propias conclusiones. Pero el intercambio de opiniones no se cerró aquí, pues sin darse por vencido, Ferrara, en un número posterior de su Revista, contestó con insistencia burlona:

En nuestro examen de las cosas humanas, nosotros miramos siempre el hecho, nos parece que todas las actitudes, todas las decisiones deben tener por fundamento el conocimiento exacto de las cosas. Pues bien, entendemos que en la hora actual la América latina debe ir a buscar su sitio de honor en el futuro congreso internacional que como a principios del siglo pasado tuvo su sede en Viena y dio lugar a la Santa Alianza reaccionaria, en nuestro siglo puede reunirse en ciudad más cosmopolita y tener por base de la Humanidad futura una Santa Alianza de los países libres [...]³.

Ernesto J. J. Bott en “Los efectos económicos de la guerra para las sociedades beligerantes, en el período contemporáneo”, publicado por su ex-

3 LA DIRECCIÓN, año XII, v. XXVIII, n° 105, enero de 1918, p. 5-13; año XII, v. XXIX, n° 109, mayo de 1918, p. 82-85.

tensión en cinco números de la Revista⁴, analizó desde distintos ángulos las consecuencias económicas de las acciones beligerantes en el siglo XX: el costo, el acrecentamiento de los territorios políticos del Estado vencedor, la adquisición de posesiones coloniales como producto económico de la guerra, el decrecimiento resultante de la anexión de sociedades vencidas y la capacidad del vencedor para influir sobre la vida económica de las poblaciones incorporadas, los tributos pagados por los vencidos y sus posibilidades para obtener empréstitos, la utilidad de la indemnización, además de dar sus conclusiones. La guerra se le aparecía un mal negocio por “el acrecentamiento enorme de los gastos” y el considerable decrecimiento de la riqueza en las naciones vencedoras, a diferencia de lo que sucedía en los primeros tiempos de la modernidad con “el desplazamiento de una cantidad de riqueza considerable” que permitía la compensación de la cantidad desplazada. Por otro lado, tampoco se cumplía ya el principio del triunfo de las sociedades más aptas para la lucha biológica, tema que analizó desde el punto de vista demográfico y fisiológico también.

Próximos a concluir 1918, en el mes de noviembre, la Dirección anunciaba y celebraba el fin de la I Guerra con el título “Nueva era”⁵, como también lo había celebrado la ciudadanía. Si no atinaba a interpretarlo de un modo “idealista” como el triunfo del derecho sobre la fuerza, tenía en claro que la derrota sobre el Kaiser y los Habsburgos, “anacrónicos instrumentos de prepotencia y opresión”, significaba un bien para el mundo. Si al comenzar la beligerancia en 1914 algunos –incluida la misma Revista– habían dudado al juzgarla, pronto comprendieron que se trataba del avasallamiento del derecho de gentes y que el mundo entero estaba amenazado por un pueblo “envenenado por su propia grandeza” al que era preciso “reducir y curar para seguridad de todos”. La Revolución Rusa, en 1917, y luego la intervención de Woodrow Wilson habían terminado, en opinión

4 BOTT, Ernesto J. J., “Los efectos económicos de la guerra para las sociedades beligerantes, en el período contemporáneo”, año XII, v. XXVIII, n° 108, abril de 1918, p. 476-505; año XII, v. XXIX, n° 109, mayo de 1918, p. 29-45; año XII, v. XXIX, n° 110, junio de 1918, p. 191-217; “Los efectos demográficos y fisiológicos de las guerras para los combatientes en el período contemporáneo”, año XIII, v. XXXI, n° 117, enero de 1919, p. 94-110. En una última entrega se publicaron sus “Conclusiones”, año XIII, v. XXXI, n° 118, febrero de 1919, p. 236-248.

5 LA DIRECCIÓN, “Nueva era”, año XII, v. XXX, n° 115, noviembre de 1918, p. 365-373.

de los directores, con las vacilaciones de “todas las conciencias rectas”. No obstante, sobre los despojos y horrores estaban aún aquellos “incorregibles doctrinarios” que comenzaban a alimentar nuevamente planes armamentistas para futuras luchas, cuyos beneficiarios serían, directamente, banqueros y políticos:

¿Hasta cuándo los hombres no se sobrepondrán a esta mezquina lucha de razas y no comprenderán la grandeza y ventajas de la solidaridad universal? Si la conferencia de la paz desoyera esta firmísima voluntad, probablemente a sus espaldas la impondrían los pueblos por las sanciones actualmente incontrastables de los congresos internacionales de obreros.

Ante el individualismo económico comenzaba a surgir el colectivismo y el gremialismo. Entre “la Revolución rusa y su dictadura”, que pretendía “abolir de un solo golpe de maza la división de la sociedad en clases”, y el ocaso del capitalismo, se hallaría el “equilibrio” de una “nueva organización social superior”.

En un autoexamen, la Dirección reconocía que había solicitado la alineación en dos oportunidades durante 1917, pero el gobierno había mantenido con firmeza su neutralidad: “Fue lo que fue [...] El pueblo argentino ha estado y estuvo con los aliados [...] y tiene derecho a reclamar, como todos los pueblos del mundo, que aquellos principios sean respetados y cumplidos, sin exclusiones ni distingos”. Correlaciones más equitativas se darían en el mundo y, también, necesariamente, en nuestro país. Sería deber para todos contribuir a crear, con esfuerzo, el mundo mejor que ya se vislumbraba. La Revista lo había hecho “defendiendo los principios wilsonianos y nuestro derecho a la existencia y a la libertad”.

José Ingenieros (1877-1925) entregó en el mismo número un artículo acerca de la “Significación histórica del maximalismo”, texto de una conferencia⁶, donde recuperaba algunas de las ideas que había expresado en otro artículo, “El suicidio de los bárbaros”, aparecido en *Caras y Caretas* semanas después del comienzo de la tragedia. Juzgó oportuno repetir lo dicho en ese

6 INGENIEROS, José, “Significación histórica del maximalismo”, año XII, v. XXX, n° 115, noviembre de 1918, p. 374-389. La conferencia había sido auspiciada por la Federación de Asociaciones Culturales, en el Teatro Nuevo, el 22 de noviembre de 1918, con gran asistencia de público.

momento acerca de la necesidad de acabar con todos los resabios feudales para asegurar el surgimiento de “hombres jóvenes y raza nueva”, como un nuevo despertar⁷. Y si Francia no hubiese estado involucrada, “ninguna conciencia democrática habría vacilado un minuto en desear el inmediato exterminio de los cuatro imperios combatientes [...]”. Sin ideales hasta 1917, de pronto la guerra adquirió, para Ingenieros, un contenido moral con la Revolución Rusa y Wilson formuló un programa de principios democráticos, donde podría “ampararse el régimen socialista de Kerensky”. Ambos habían formulado un programa “minimalista”, pero luego, con Lenin y Trotsky, se tornó “maximalista”. Para Ingenieros era esta opción radical una de las diversas formas que tomaría el programa wilsoniano, que “había ennoblecido la causa de los aliados”. El máximo de reformas se daría de acuerdo a cada sociedad, según sus condiciones particulares, y desgranaría los beneficios también en América.

Ciertamente no fue ajeno al análisis, dentro de las reflexiones suscitadas por la beligerancia, la cuestión del nacionalismo y del chauvinismo. Carmelo M. Bonet, nacido en Uruguay en 1886, pero con estudios universitarios en la Argentina, donde ejerció la docencia superior por largos años en el campo de las letras, escribió “La superstición nacionalista”, a favor del universalismo, que aseguraría una paz más duradera⁸. Si en el siglo XIX todavía había sido posible la vida de los pueblos en cierto aislamiento y “entonar loas a la libertad”, ahora ya no existían países independientes y el mundo era más bien una confederación de Estados interdependientes. Por ello el “nacionalismo agresivo”, la xenofobia, los síntomas “patrioterros”, eran una “miope y grotesca majadería”, que en los países imperialistas servían para “dorar el crimen de las matanzas colectivas”. Más aún, masacres contra mujeres y niños “eran premiadas como honrosas si habían sido ejecutadas en nombre de la patria”:

[...] el nacionalismo como ideal político resulta pequeño y poco generoso, que hay cumbres más altas hacia las cuales debe tender nuestra aspiración de subir. Así, el amor a los hombres, a todos los hombres, debe estar por encima del amor a la patria.

7 INGENIEROS, José, “El suicidio de los bárbaros”, *Caras y Caretas* (Buenos Aires), n° 835, 1914.

8 BONET, Carmelo M., “La superstición nacionalista”, año XII, v. XXX, n° 115, noviembre de 1918, p. 394-407.

Superado el prurito nacionalista en el arte y el pensamiento, se acrecentaría el capital de ideas, dado que “la influencia extranjera suele ser tonificante”. Pero hallaba una paradoja y era que inclusive todos nuestros intelectuales, “aún los más airados nacionalistas”, se habían nutrido culturalmente en fuentes extranjeras y pensaban “en extranjero, aún cuando no lo quieran reconocer”.

Una respuesta fue firmada por Marcos M. Blanco en el número siguiente con el artículo “La escuela nacional y sus ‘íconos’”, escrito desde La Plata⁹, sin disentir con las aspiraciones generales de Bonet, pero observando que había hecho una generalización que tomaba los defectos particulares de los nacionalismos para extenderlos a todos. En el proceso formativo de los educandos no había razones para “el desalojo” de los autores de nuestra nacionalidad, que precisamente habían sido precursores del internacionalismo. Por otro lado, ambos términos no se excluían necesariamente, a tal punto que no se concebía uno sin el otro, a pesar de los “*ultra-nacionóforos*”.

Al comenzar 1919 el primer volumen incluyó un editorial que contenía dos apartados de importancia: uno, de carácter internacional y, otro, de carácter nacional, con los títulos “La conferencia de la paz” y “La huelga sangrienta”¹⁰. En el primero se manifestaba que la Dirección al comenzar la Guerra fue optimista, a pesar de los horrores que se preveían, con sus consecuencias, porque se impondría un mundo mejor. Al terminar, decía, era igualmente optimista porque al menos en el orden económico, moral y político quizá se daría un “desenvolvimiento humano superior al que le precedió”. Una “enorme muchedumbre de cabezas soñadoras” así lo deseaba. La Conferencia de París, realizada en enero de 1918, abierta por el filósofo Henri Poincaré, donde se habían expuesto los principios de Woodrow Wilson, tenía el consenso de las naciones triunfantes, pero restaba asegurar la paz duradera. Mas el camino estaba minado de complejos problemas porque “la mentalidad bélica” no estaba muerta y el “imperialismo capitalista” aún era una amenaza: “cierta prensa ladra furiosamente contra el reconocimiento del gobierno bolcheviki, más fuerte que nunca [...]”. Confiaba La Dirección en que pudiera llegarse a un acuerdo entre la “doctrina wilsoniana y la maximalista”, distintas “pero no opuestas, ni irreconciliables”. El largo trecho de diferencias entre uno y otro

9 BLANCO, Marcos M., “La escuela nacional y sus ‘íconos’”, año XII, v. XXX, n° 116, diciembre de 1918, p. 580-592.

10 LA DIRECCIÓN, “La conferencia de la paz” y “La huelga sangrienta”, año XIII, v. XXXI, n° 117, enero de 1919, p. 5-15.

programa quizá podría zanjarse, pues estaba en individuos y grupos escoger el propio camino. Se puede advertir que la nota editorial no difería mayormente de las ideas que expresara Ingenieros.

Por lo que hace a la segunda parte, titulada, como hemos indicado, “La huelga sangrienta”, se reconocían dos acontecimientos nacionales de gran importancia en la década: la Ley Sáenz Peña y el ascenso al gobierno del Partido Radical. Si bien la Revista no estaba dedicada a temas políticos, particularmente internos, como muchas veces lo expresó, tampoco podía dejar pasar los “trágicos y trascendentales sucesos acaecidos en la segunda semana de Enero”. Se refería, claro está, a lo que conocemos en la historia argentina como “la Semana Trágica”. Sus motivos no se iniciaron en ese momento ni tampoco acabaron con las balas que acribillaron a inocentes y revoltosos. Mas el hecho puntual fue la huelga suscitada por mejores condiciones laborales en los establecimientos metalúrgicos de Pedro Vasena e hijos, sitos en Capital, cuyo verdadero dueño en el momento era un *trust* inglés, gerenciado por los Vasena. Había empleado durante los años de la Guerra a inmigrantes, mujeres y niños hambreados, con muy bajos salarios y peores condiciones laborales. La Revista optaba “por callar el minucioso examen de los hechos ocurridos”, pero dejaba bien sentada su posición sin ningún tipo de eufemismos: “Han sido setecientos, acaso mil los muertos, millares los heridos, cifras que espantan, porque ningún movimiento obrero en América, rarísimos en el mundo, causaron tantas víctimas”. La clase obrera había vuelto al trabajo, “no pacificada, sino exasperada”, pues feroces represalias se habían tomado en los “patios y calabozos”: “Buenos Aires sabe desde ahora qué cosa inicua son los *pogroms*, los verdaderos *pogroms*, llevados a cabo contra la indefensa colectividad judía, acusada por una estúpida aberración del noble sentimiento de patria y por la perfidia sectaria [...]”, que al grito de “la caza de rusos” había arremetido cobardemente identificándolos como comunistas, en medio del clima de agitación. Se habían falseado los hechos burdamente por la policía, por el periodismo –“diarios que un día guiaron e iluminaron la República”–, y el mismo gobierno. Y es de recordar que grupos nacionalistas, integrados por miembros de la oligarquía, habían creado el “Comité pro Argentinidad”, convertida luego en la “Liga Patriótica”, bajo la funesta conducción de Manuel Carlés, auto-constituida en “guardianes civiles”, mediante la utilización de la violencia y las armas, protegidos por el gobierno. Claramente decía la Dirección:

Por el honor de la República *NOSOTROS* reclama que todas estas ligas pro-patria y pro-argentinidad, todas esas guardias cívicas y policías ci-

viles que proclaman una estulta guerra santa contra el extranjero, que desembozadamente anuncian la mordaza para las ideas que no sean las propias, que nos retrotraen al tiempo de la mazorca, [...], sean impedidas en nombre del artículo 22 de la Constitución, de cumplir su obra nefasta.

Nosotros pedía, frente a la vana retórica que embargaba la vida argentina, “enferma de burocracia”, una legislación social acorde con los derechos que ya se ponían en práctica en otras partes del mundo y centraba la tarea en una obra educativa capaz de “reformular la mentalidad argentina” a través de la escuela, especialmente en su nivel secundario; reforma que debía empezar por la misma escuela en sus contenidos y fines. Y no sabemos si por cuestiones editoriales o por la posición de la Revista frente a lo que acabamos de referir, en páginas inmediatamente posteriores publicó la traducción de tres cuentos judíos del escritor Isaac L. Peretz, vertidos del idisch, quien había fallecido dos años antes¹¹.

Por otra parte, en el enrarecido ambiente de sospechas, delaciones y acusaciones difamatorias, la Revista no escapó a la diatriba, que suscitó una crisis interna en su Directorio. Se vio obligada a enviar una carta a los principales diarios de Buenos Aires denunciando que el rumor, infundado e injustamente, les atribuía “maquinaciones terroristas”. Nada más lejos de la publicación, donde las tertulias de escritores y amigos eran de puertas abiertas y las notas firmadas, de manera que cada uno asumía su responsabilidad, mientras los espíritus tendenciosos y “pusilánimes” habían hecho circular “una perversa y grotesca invención [...]”¹².

En el mismo volumen que iniciaba el año 1919 con crudeza Bartolomé Bosio se preguntaba “¿Pueden reproducirse las guerras?”¹³. Bosio era médico y sociólogo, nacido en Italia en 1877, pero traído al país desde muy niño. De militancia socialista, ejerció la medicina rural durante más de treinta años y realizó una importantísima labor contra la tuberculosis, preocupado siempre por la medicina social. El artículo cuestionaba la idea de

11 PERETZ, Isaac L., “Cuentos judíos”, año XIII, v. XXXI, n° 117, enero de 1919, p. 27-48.

12 “Dos palabras claras. El nuevo Directorio de la Sociedad ‘Nosotros’”, año XIII, v. XXXII, mayo de 1919, p. 139-142.

13 BOSIO, Bartolomé, “¿Pueden reproducirse las guerras?”, año XIII, v. XXXI, n° 117, enero de 1919, p. 49-58.

una paz duradera, que había hecho ilusionar a la gente, probablemente de buena fe. Señalaba que la economía capitalista, que seguía gozando de lozanía, llevaba en su propio seno los factores de las guerras, que eran los resultados de los nacionalismos económicos. La economía capitalista, llegada a su amplio punto de desarrollo, necesitaba de expansión, “impulsando al Estado a la política imperialista”. Intelectuales como Spencer se habían equivocado al pensar que industrialismo y militarismo eran fenómenos opuestos porque el momento pacífico era sólo una faz previa al de su mayor expansión. Contundentemente expresaba: “Capitalismo, militarismo y guerras son fenómenos íntimamente encadenados”. Finalizaba con lo que seguramente suscitaba horror después de la experiencia traumática:

Con la muerte del militarismo de los imperios centrales no ha muerto la guerra, porque quedan en pie los nacionalismos económicos con sus correspondientes instrumentos armados: los ejércitos y las flotas de guerra.

En una reflexión sobre la misma guerra como hecho violento no querido, Florencio Mosquera redactó “Notas sobre la revolución social”¹⁴, donde afirmaba, con cursivas, desde sus palabras iniciales: “*No son los pueblos los que desean la guerra*”, pues cualquier plebiscito antes de 1914 hubiera tenido un 90% de adhesiones pacifistas y al desarrollarse la contienda, un 90% había empuñado las armas. ¿Dónde estaba el engaño a las muchedumbres? ¿Quiénes se beneficiaban? “Las siniestras figuras [...] de los trust-men”, es decir, “el interés de los capitalistas”. Los acontecimientos dados con “la buena voluntad de Wilson y de sus principios demócratas”, que despertaron a Rusia para deshacerse del yugo zarista con la revolución de Kerensky, habían resultado poco eficaces para Lenin y Trotsky, “a quienes la humanidad” debía “la hermosa vida de los rusos que no han muerto en el último período de la guerra”. La misma no había sido, sin embargo, el “capricho de matar de las castas militares, ni la negra avaricia de un grupo capitalista”. Había sido, finalmente, ante la mirada del autor, “la resultante de un mundo defectuoso en su organización social” donde para vivir había necesitado la explotación y para ésta necesitó armarse. Había sido así la necesidad de defensa de una minoría explotadora en la que los explotados dieron la vida por ésta. En el estado actual

14 MOSQUERA, Florencio, “Notas sobre la revolución social”, año XIII, v. XXXI, n.º 118, febrero de 1919, p. 208-216.

se impondrían nuevas formas de renovación social porque la humanidad era un organismo vivo que se defendía frente a su destrucción y se transformaba perpetuamente: “En la misteriosa y vasta urdimbre de los fenómenos sociales, existe como en los organismo vivos la auto-defensa de la fagocitosis”. En ese sentido, las fuerzas renovadoras estaban constituidas por el maximalismo, donde las viejas costumbres serían suplantadas por las nuevas en la evolución de la especie.

En esa reafirmación de lo nuevo en la historia, Cándido Villalobos Domínguez, quien sería más tarde director de *El Liberal Georgista* (1921-1926), auguró cambios sociales importantes y deploró la enseñanza de la Historia, pues era una narración deficiente e interesada. El artículo apareció con el título “No confiar en los ancianos”¹⁵, donde indicó los resultados más salientes producidos por la Gran Guerra: la desaparición del sistema autocrático de gobierno, la Revolución Rusa, y la Sociedad de las Naciones. Resultados que estimó “cargados de posibilidades” aún “enigmáticas”. Dada la imprevisión de los hechos, la fama de maestra dada a la Historia carecía de asidero. En primer lugar resultaba “un tejido de cosas inexactas”, pues cuando no eran falsas, eran apenas sólo parcialmente verdaderas. Un problema reconocido por los mismos historiadores era la “inseguridad y deficiencia de las fuentes de información”. Por otro lado, había una inmensa cantidad de sucesos importantes que no habían dejado constancias documentadas. Además, las historias escritas eran parciales y servían, muchas veces, a intereses y prejuicios diversos, especialmente para el halago de vanidades nacionales. Así, la interpretación del historiador solía ser “tendenciosa”. Dado que la “*historia no se repite*”, los historiadores no se habrían distinguido por sus previsiones. Como materia de enseñanza veía Villalobos algo más grave aún, por cuanto se fomentaban “extravíos apasionados” que alejaban a los hombres entre sí: “Se puede, con la cooperación de la enseñanza de la historia en las escuelas, envenenar la inteligencia y la moral nacional de todo un pueblo, como parece haber sucedido en Alemania”. Ante tal objeción le resultaba más apropiado enseñarla como materia literaria, como “cuentos para personas mayores; pero en modo alguno como ciencia [...]”. En tal sentido, la hora requería quitarle autoridad a los mayores, a los ancianos, porque eran incapaces de entender lo nuevo y adaptarse. Estados Unidos le parecía un buen ejemplo de renovación juvenil, responsable, quizá, del éxito de esa nación: “Seguramente la vehemencia e

15 VILLALOBOS DOMÍNGUEZ, C., “No confiar en los ancianos”, año XIII, v. XXXI, nº 118, febrero de 1919, p. 217-222.

inexperiencia de la juventud tiene sus inconvenientes. Pero ¿no serán mayores los de la inerte vejez?”, como la de Clemenceau en Francia, frente al ímpetu de Wilson en el país del Norte.

El por entonces joven pensador cordobés y luego pedagogo Saúl Taborda (1885-1944) publicó interesantes reflexiones sobre “La Sociedad de las Naciones”¹⁶, que por su extensión y aspectos abordados no nos permite detenernos con suficientes detalles, pero es importante destacar algunos de los problemas que señalaba. Si la Guerra parecía un hecho terminado, el mapa de Europa había quedado “notoriamente modificado por la tragedia bárbara”. Algunos pueblos sometidos recobrarían sus derechos autónomos según lo que se esperaba de la Entente, como también hacerlos “dueños de sus propios destinos”; pero por sobre todo estaba el deseo de que nunca más se repetiría el “crimen de la guerra”. Se recordará que era una expresión y un tema que nos había legado Juan Bautista Alberdi en memorables páginas. Para Taborda era recuperar el sueño de la paz perpetua del abate Saint Pierre, pero también volver a esa fuente del pensamiento nacional enunciada “antes que ningún otro internacionalista”, ampliada luego por el jurista Luis María Drago frente a la injusticia del cobro de deudas a los Estados vencidos.

Expuesta la idea de una liga de las naciones por Wilson el 27 de setiembre de 1918, con la que nadie manifestaba ciertamente desacuerdos, era sin embargo un signo de aprovechamiento de los tiempos y dejaba profundas dudas, que al poco tiempo quedarían despejadas según los intereses políticos de los más fuertes. Cuestión que motivaba la decepción de Taborda y, con él, de muchos otros. Al hilo de las reflexiones de Alberdi, el autor actualizaba sus ideas según lo que se estaba planteando entre los Estados triunfantes. Lejos estaba la idea de una conformación de los Estados Unidos de la Humanidad, pues la política liberal no “iría nunca más allá de los intereses de la clase capitalista o burguesa” que la había manejado hasta el momento. La paz duradera requería modificar de raíz la “antigua noción de la democracia” ligada al parlamentarismo e instaurar “fundamentales innovaciones en la estructura social”; dejar de lado las meras “rectificaciones formales y hendir la piqueta en la propia naturaleza de los valores de la vida”; poner al servicio “de los seres humanos la riqueza, la justicia, la moral, la ciencia, la cultura y el arte”, es decir, todo lo que dignificase la vida. En esta dirección recuperaba el sentido profundo de la democracia, trastocada por las minorías inescrupulosas,

16 TABORDA, Saúl, “La Sociedad de las Naciones”, año XIII, v. XXXI, n° 118, febrero de 1919, p. 149-177.

por la usurpación de la riqueza producida por las clases obreras, por el sometimiento en la ignorancia bajo espejismos y mentiras; en suma, por todas las distorsiones engendradas en su nombre: “La organización social imperante, a despecho del parlamentarismo unilateral y de las demás válvulas de escape proporcionadas a las exigencias públicas por la destreza gubernativa, es evidentemente una organización de clases, de dominadores y de sojuzgados, de poseedores y de desposeídos. Su “fisonomía jurídica” era el Estado, tanto en lo interno, como en lo externo. El Estado era, a la postre, “el peor enemigo de la paz y de la armonía de los pueblos”. La tarea que se imponía era refundacional para hacer del mismo una institución al servicio del pueblo, tal como lo había pensado Alberdi para “el advenimiento de los Estados Unidos de la Humanidad”. Lamentablemente, un *post-scriptum* después de redactado este artículo, que acompañó su publicación, indicaba en letra pequeña, una vez producida la Conferencia de Versalles, la desilusión de Taborde porque sus sospechas se habían confirmado. Un párrafo ilustra bien su sentir:

El proyecto es, pues, en el fondo un acto de las grandes potencias, concorde con las ideas de las clases conservadoras de Europa y América, especialmente con las enunciadas por [Teodoro] Roosevelt y Taft y por los estadistas ingleses. Por lo mismo carece de elevación de miras. Wilson está derrotado.

En el mismo volumen valiosa fue la publicación de lo que apareció con el título “Un importante documento histórico. ‘La nota del gobierno de los soviets a Wilson’”, firmada por Tchitcherin, “Comisario del Pueblo para las Relaciones Exteriores” de Rusia¹⁷. Ésta había aparecido en el diario *Isvestia*, órgano del Comité Central de los Soviets, el 25 de octubre de 1918, que ahora *Nosotros* publicaba enteramente por el gran interés que poseía de acuerdo con los acontecimientos internacionales. Misiva extensa y escrita en grave tono, demandaba de Wilson el cumplimiento de sus promesas para con Rusia ante el doble juego que había establecido, fomentando las insurrecciones contrarrevolucionarias, principalmente en manos checoslovacas, pues su ocupación en el país provocaba serios trastornos, como la apropiación del tren transiberiano, que había impedido el transporte de alimentos y petróleo por

17 TCHITCHERIN, “Un importante documento histórico. “Nota del gobierno de los soviets a Wilson””, año XIII, v. XXXI, nº 118, febrero de 1919, p. 225-235. Gregory Vassilievitch Tchitcherin era el Ministro de Relaciones Exteriores de Rusia.

el Volga, cortado las relaciones con la Rusia europea, y la falta de productos necesarios para abastecer a Siberia. Denunciaba los ataques de los ejércitos aliados, incluido el norteamericano, a campesinos y obreros en determinadas provincias, con fusilamientos y actos de violencia contra la población pacífica; los saqueos y atropellos; el robo de reservas de oro por los checoslovacos, y demás hechos. Con firmeza decía: “[...] requerimos de Ud., señor Presidente, que nos informe detalladamente cómo concibe Ud. la liga de las naciones que, según su idea, habrá de coronar la obra de la paz”. Y sobre este punto insistía en que la Liga no se convirtiera “en una liga de los capitalistas contra los pueblos”, pues en sus manos estaban los bancos, la industria, y la fabricación del armamento bélico. Imposibilitadas de detenernos en todos los aspectos que abordaba, sí es oportuno señalar que el Comisario declaraba el interés de Rusia por obtener respuestas puntuales acerca de las cuestiones que planteaba y de lo que se le exigiría al país por parte de la Entente, no sin antes recordarle que poseían un ejército listo para defender la Revolución que estaba en marcha.

Al mes siguiente el número de *Nosotros* se abría con la respuesta dada por el pedagogo, de orientación georgista, Ernesto Nelson (1873-1959) a la pregunta “¿Cuál será la consecuencia más trascendental de la última guerra?”, formulada por el “Comittes [Committee] on the War and Religious Outlook”, de Estados Unidos¹⁸. La contestación contenía dos partes: la primera, centrada en quince puntos y la segunda, en dieciocho. Básicamente se refería en la primera al origen y causas de la guerra mediante la constitución de los Estados como “unidades beligerantes” a las que había tenido que someterse el individuo en “un pacto implícito” para protegerse, cercenando sus libertades. Estas “supraentidades” habían instalado “*el ideal de la gloria*” sobre “*el ideal del hombre de bien*”. De allí en más se había exaltado la actividad viril –detentadora de la fuerza– en detrimento de la mujer; de los sentimientos religiosos convertidos en dogmáticos; falsos valores habían reemplazado a la moral de los valores esenciales; la exaltación de las “investiduras oficiales”; el sometimiento de la educación a una instrumentación del Estado; la cultura trocada en “diferencias de clases”; la “conservación de la estratificación social”; la “jerarquización ficticia de lugares geográficos”, etc., para concluir que la democracia no estaba aún “consumada y su emplazamiento” era un ropaje de “ficción dado al viejo organismo

18 NELSON, Ernesto, “¿Cuál será la consecuencia más trascendental de la última guerra?”, año XIII, v. XXXI, n° 119, marzo de 1919, p. 297-304.

estadual”. Definitivamente todo resultaba una simulación grotesca de espurios intereses.

En su segunda parte puntualizaba Nelson algunos aspectos que podrían ser beneficiosos como consecuencia de la Guerra, que en sus enumeraciones resultaban la versión en positivo de los indicados negativamente en la primera parte de la respuesta. El primer aspecto que mencionaba era, lógicamente, la reducción de las prerrogativas del Estado y el crecimiento de los derechos individuales; la “abolición del servicio militar obligatorio”; el afianzamiento de los lazos de solidaridad entre grupos pequeños con similares necesidades; el autogobierno y la participación en las decisiones; el fin del Estado “paternalista”, que daría lugar a “la iniciativa”, “la cooperación” y “la originalidad”; la descentralización de acuerdo a las necesidades locales; el reconocimiento de las “diferencias individuales”; la desaparición del parlamentarismo en una sociedad donde nadie mejor que los individuos sabrían de sus necesidades; el gobierno comunal y la federación; la unidad de “moral pública” y “moral privada”; la universidad como escuela de cultura y educación, con la consiguiente democratización de la cultura y el respeto a la “idiosincrasia individual”; la eliminación de una cultura de élite donde todos los tipos de cultura resultarían igualmente válidos y nobles; la adaptación de la escuela al individuo y no su reverso; el derecho universal a la educación; la revalorización de la vida provincial y regional; en fin, la participación ciudadana en todo lo concerniente “al ejercicio de la soberanía individual”. Se podría decir que esta mención sumaria condensaba su credo en materia social, política y educativa en aquel momento.

Un joven, por entonces dedicado a crítica literaria, llamado Julio Irazusta (1899-1982), escribía desde su ciudad natal, Gualguaychú (Provincia de Entre Ríos), un artículo extenso dedicado a “Henri Barbusse”, que la Revista publicó en 1919¹⁹. Barbusse (Francia, 1873- Rusia, 1935) era un novelista conocido por la intelectualidad argentina del momento, donde aparecía el naturalismo y el simbolismo en una mezcla vehemente. Antes de enrolarse voluntariamente en la Guerra como infante, en 1914, había escrito un libro de

19 IRAZUSTA, Julio, “Henri Barbusse”, año XIII, v. XXXI, n° 119, marzo de 1919, p. 317-337. Una nota de la Dirección aclaraba que recibido el artículo se había publicado *Clarté*, pero decidían publicarlo lo mismo. La Dirección decía: “En *El Fuego* resuena una clamorosa protesta contra la insana matanza; en *Claridad*, el grito es más hórrido, más lacerante aún [...]. Si tantas cosas decisivas y terribles dicen sus 350 p. ¿qué cosas dirían los cortos fragmentos que la censura ha tachado?”.

poemas, *Pleureuses* (1895), y dos novelas, *Les Supplicants* (1903) y *L'Enfer* (1908). Dos años pasó en las trincheras hasta ser declarado no apto por razones de salud. Escribió entonces *Le Feu, Journal d'une escouade*, en 1916, obra que le valió el Premio Goncourt. Por su posterior pacifismo adhirió al comunismo y a esta etapa pertenece su obra *Clarté* (1919) y, más tarde, *Lenin* (1934) y *Stalin* (1935), de carácter propagandístico. El análisis que realizó Irazusta cubría los matices de su trayectoria hasta la aparición de *Le Feu*. Las palabras fueron altamente elogiosas e incluso de admiración: “[...] escritor premioso e intencionado como buen literato moderno, de estilo fuerte y duro, aunque armonioso, [...], escéptico, pesimista desesperante, y apóstol generoso de un socialismo de acción, siguió siendo todo eso una vez producida la guerra, se aplicó a describir ésta, y fue de un día para otro, el más genial de sus intérpretes”. Sentado este juicio valorativo, pasaba a describir sus etapas previas a la Guerra, de hondo pesimismo sin renunciar a la acción primero, como en *L'Enfer*, pasando por *Nous Autres* con una visión más “exacta” –donde las desgracias y fealdades las veía “menos grandes”, hasta *Le Feu*, cruda y descarnada descripción de la Guerra, “tal cual la ha visto” con “indignación”. Sus protagonistas eran los soldados, “hijos del pueblo, víctimas obligadas de absurdas decisiones políticas en las que su voluntad que debía ser soberana, no tiene más parte que la que tenía antiguamente, cuando eran preterida plebe o raza esclava”. Y aquí es donde Irazusta encontraba que Barbusse desenmascaraba los hechos: los pueblos hacían la guerra manejados por dirigentes de las naciones, pero además se jugaba detrás el interés de “banqueros”, “especuladores”, “sujetos de sensibilidad enfermiza”, “tradicionalistas”, “curas”; en fin, aquellos que “en nombre del patriotismo cometen crímenes” transformados en “virtudes” que “desnaturalizan la moral y deforman la verdad”. Por tal motivo acordaba con el novelista que era justo y lícito posponer el patriotismo al ideal de la paz universal. Como evaluación final decía que el libro, “valiente y sincero”, es muestra de que la “independencia del criterio y el libre pensamiento, nobleza y gloria del espíritu humano, no se han eclipsado en absoluto”.

A propósito de estas lecturas que hendían la pregunta por cuestiones existenciales acerca de la naturaleza humana, Augusto Bunge (1877-1943), en su carácter de médico y político que sentó precedentes acerca de la legislación sobre higiene y seguridad del trabajo, comentó con fuerte interés el libro *El hombre es bueno*, de Leonhard Frank (1882-1961), que él mismo se había encargado de traducir al español. Frank era ya un reconocido escritor alemán que había publicado *Der Mensch ist gut* en 1917. Obra que caracterizó como “exaltadamente romántica” y, al mismo tiempo, “de un realismo

penetrante y meticuloso”, “poema en prosa”, “epopeya” acerca de la vida en las trincheras durante la Guerra, de la cual su autor fue al final desertor. El libro era la historia de los personajes individuales “sobre el fondo de multitudes hambreadas y hediendo a miseria, torturadas por el sufrimiento, aniquiladas por el esfuerzo estéril [...]”. Por un lado aparecía “la monstruosa carnicería humana” y, por otro, “el aniquilamiento de las almas”. La guerra condenada desde la vida de los individuos involucrados y una reprobación del sistema imperial alemán, que naturalmente Bunge comparaba con la obra de Barbusse, *Le Feu*, como dos antítesis que se complementaban porque en ésta casi no aparecía la vida detrás del frente de batalla y la desaprobación se extendía a todo el sistema capitalista, cualquiera fuera el signo político. Y es sobre este aspecto que Bunge expresará sus observaciones críticas: “Como ideal íntimo, es admirable. Como teoría social, es el comunismo anárquico; y como teoría ética, el cristianismo evangélico”. Una visión que le resultaba “un tanto burguesa”, con un trasfondo ideológico que conducía al “bonapartismo demagógico y el empleo de la violencia”, es decir, “la teoría del buen tirano”.

Dentro de este contexto es natural que igualmente surgiera la pregunta sobre el valor de la democracia, además de tener en cuenta que hacía muy poco que la aplicación de la Ley Sáenz Peña sobre el sufragio universal había dado lugar al primer gobierno elegido democráticamente, en 1916. Es así como encontramos que el joven español emigrado a la Argentina, Benjamín Taborga (1889-1918), poco antes de su muerte, publicó un artículo en clave cuestionadora, titulado “Pequeña requisitoria sobre la democracia”²⁰. Decía hacerlo desde la teoría y la doctrina, pues consideraba que la democracia era un hecho impuesto históricamente y antagónico a la concepción del derecho, ya que se trataría, ni más ni menos, que de un “privilegio”, aunque pareciera una contradicción:

En realidad lo que hicieron fue sustituir un privilegio por otro. En realidad la naturaleza jurídica del sufragio permaneció inalterable. En realidad una casta mandataria sucedía a otra casta mandataria. [...] en lo hondo ninguna modificación esencial, ninguna conversión de privilegios en derechos.

Afirmaba Taborga que las revoluciones habían sido sublevaciones contra las oligarquías sin aristocratismo, donde las minorías que tenían la

20 TABORGA, Benjamín, “Pequeña requisitoria sobre la democracia”, año XII, v. XXVIII, n° 105, enero de 1918, p. 195-209.

fuerza no eran también las mejores porque ejercían privilegios sin derechos, hasta que en una de esas sublevaciones se impusieron los ideales democráticos: “Si todavía perduran es porque no quiere verse en la aristocracia un atributo consustancial de la oligarquía. Y es ahí, en esa consustancialidad de oligarquía y aristocracia, donde se incuba en política lo general y eterno”, es decir, el derecho. Si bien el artículo de Taborga deja más dudas que certezas, es dable pensar que su intento idealista, a la luz del Manifiesto Novecentista, del cual fue uno de sus mentores, ponía el acento en la “aristocracia” del pensamiento; una virtud que se reducía a grupos selectos: “Grado tan superior de cultura cívica como el exigido por el sufragio electoral [...] es incompatible con las ocupaciones particulares de la gran masa ciudadana”²¹.

Bajo el clima con que iniciaba su segunda década y a propósito de las protestas estudiantiles en Córdoba, Gregorio Bermann (1894-1972) hizo un comentario escrito con simpatía y razones justificadoras que constituyó la primera entrega en *Nosotros* acerca de la Reforma Universitaria²². Ocupadas las mentes por los intereses nacionales e internacionales, poca atención se había prestado a los hechos, además de ocurrir lejos de la Capital metropolitana, acerca de lo cual ponía en alerta. Tratábase de la Universidad de Córdoba, “que la generalidad suponía únicamente –no sin fundamento– como un foco de ideas medioevales, [...], carente de verdadera ciencia, casa llena de sombras y de rutinas”, “bastilla de ideas”, donde los universitarios no habían pedido una simple reforma de cosas, sino una “renovación radical de los métodos de estudio, del espíritu mismo de la enseñanza”. Con entusiasmo exclamaba: “La hoguera idealista encendida por estas manos se ha propagado. Ya se agita la colmena estudiantil de toda la República en busca de los mejores [...]”. Casi un año después Bermann publicó en *Nosotros*, desde Choele-Choel, una nota crítica y propositiva al mismo tiempo sobre los estudios filosóficos en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, de donde había egresado en 1917²³. Era también médico psiquiatra y sus viajes de investigación le permitieron conocer la calidad de los estudios en otros países. Ahora se refería a las deficiencias de la formación de los estudiantes, cuya “pobreza” era “franciscana” comparada con la impartida en

21 *Ibid.*, p. 197.

22 BERMANN, Gregorio, “El conflicto universitario de Córdoba”, año XII, v. XVIII, n° 108, abril de 1918, p. 517-524.

23 BERMANN, Gregorio, “Los estudios filosóficos en nuestra Facultad de Filosofía y Letras”, año XIII, v. XXXI, n° 119, marzo de 1919, p. 364-383.

universidades norteamericanas, especialmente en Columbia. Se detenía en la inutilidad de los idiomas clásicos o “idiomas muertos”. Traía a cuento unas palabras que recordaba Domingo Faustino Sarmiento del escritor romántico alemán Heinrich Heine (1797-1856): “¡Cuán felices fueron los romanos que no tuvieron que aprender la gramática latina, pues si lo hubieran hecho no hubieran tenido tiempo de conquistar el mundo!”. Categóricamente afirmaba que su enseñanza había sido “un fardo inútil”, pues desentonaba con nuestra tradición cultural y con el tipo de estudios que se realizaban. Proponía incrementar el estudio de materias filosóficas y aconsejaba una cátedra de composición y estilo de la lengua castellana.

En “Ideales viejos e ideales nuevos” José Ingenieros se refirió extensamente a los ideales de la modernidad, contra “el fatalismo medioeval”, e hizo una declaración sustentada a favor de los países aliados, pero conjugó su parecer acerca de la Gran Guerra con los ideales que se impondrían en el mundo enlazándolos, al mismo tiempo, con el movimiento reformista de Córdoba²⁴. Distinguía dos tipos de guerra: la militar y política (que estaba fuera de su interés, prácticamente) y la de ideales. Bien sabemos que acerca de éstos, los ideales, dejó escritas muchas páginas. Auguró un mundo moral que fenecía y otro que nacía auspiciosamente. Sin embargo, manifestó sus simpatías con los aliados y con la Revolución Rusa, “a pesar de sus errores”. Barruntaba la mejor herencia de la contienda en la palabra “solidaridad” con que “el presidente Wilson saludó el triunfo de los maximalistas rusos, viendo en sus actos una expresión inequívoca de los ideales que han sido la bandera de la humanidad en el siglo XIX y que esperan una realización creciente en el que vivimos”. Y en su optimismo agregaba: “A medida que termine la guerra feudal de los gobiernos, comenzará la guerra civilizadora de los pueblos”. Se trataba de nuevas fuerzas morales que emergerían con bríos y lozanía y como ejemplo ponía, precisamente, al movimiento estudiantil cordobés. Si en la Argentina la primera virtud que era el trabajo había dado “los laureles” de la “riqueza”, debíamos ahora bregar por la “segunda virtud”, la cultura, que enseñaría “a no confundir con auroras los crepúsculos”.

Si bien el momento histórico se correspondió en nuestro país y en Latinoamérica con el auge del modernismo, el compromiso del escritor con las causas justas fue altamente apreciado por su valor social. Es lo que suce-

24 INGENIEROS, José, “Ideales viejos e ideales nuevos”, año XII, v. XXIX, n° 109, mayo de 1918, p. 5-23.

dió, por ejemplo, con las obras de Máximo Gorki y, en general, de la literatura rusa. Para Gorki el ser humano era inmanentemente bueno, pero el medio social lo pervertía, lo tornaba egoísta y cruel, en un ambiente favorable sólo a los más poderosos. Por eso el autor ruso se proponía restaurar la conciencia del valor de la vida, con su preciosa finalidad ética. Y sin renunciar a sus ideales socialistas, Gorki pensó en un momento que era más útil “declararse individualista” para liberar a los hombres de “la tiranía de arriba” y de la “servidumbre vergonzosa de abajo”. Así lo vio Alejandro Castiñeiras cuando escribió su libro sobre el escritor, del que *Nosotros* hizo un adelanto²⁵. Meses más tarde también efectuó un anticipo del libro de Carlos Iburguren (1877-1955), *La literatura y la gran guerra*, con la publicación del capítulo “La literatura en vísperas de la guerra”, fruto de una conferencia que había pronunciado en el Consejo Nacional de Mujeres²⁶. Analizaba el autor los templos que atravesaron la literatura en los años finiseculares y en los inmediatamente precedentes a 1914, especialmente en la literatura francesa, mas también en la alemana, como si toda ella hubiese preparado el camino “para lanzarse al sacrificio”.

Hablábamos del modernismo también como expresión estética de las letras latinoamericanas, por eso la Revista saludó la instalación de Amado Nervo en la Argentina en calidad de embajador de su patria, a quien dedicó una comida acompañada de discursos de Manuel Gálvez en nombre de *Nosotros*; José M. Monner Sans en nombre de *Ideas*; Carlos Iburguren en representación de la Sociedad Cooperativa Editorial “Buenos Aires”, que presidía; la lectura de versos de Alfonsina Storni, Carlos Soussens, –quien lo hizo en francés– y un epigrama de Fernández Moreno²⁷. Era una práctica mensual de la Revista la organización de estas comidas que tenían carácter cultural y social. Y por cierto que se publicaron poemas y escritos dentro de la corriente literaria a la que aludimos, pero escapan a nuestros fines. Lamentablemente, a las pocas semanas –el 24 de mayo 1919–, se produjo en Montevideo la muerte de

25 CATIÑEIRAS, Alejandro, “El valor social de la literatura rusa”, año XIII, v. XXXI, n° 120, abril de 1919, p. 564-571. El libro fue titulado *Máximo Gorki. Su vida y sus obras*. Buenos Aires, Cooperativa Editorial Limitada, 1919.

26 IBARGUREN, Carlos, “La literatura en vísperas de la guerra”, año XIII, v. XXXII, agosto de 1919, p. 369-390.

27 “La demostración a Amado Nervo”, año XIII, v. XXXI, n° 120, abril de 1919, p. 572-582.

Nervo, por lo que la Revista le dedicó un número completo de homenaje en el mes de junio²⁸.

A propósito de recordar a Agustín Álvarez, fallecido en 1914, y la reedición de sus obras por la colección “La Cultura Argentina” en volúmenes de bajo costo y tiradas considerables, Félix Ycasate-Larios escribió un artículo donde realizó una revisión, más bien de carácter esquemático, del pensamiento ético-moral dentro del bagaje nacional: “Las corrientes morales en la Argentina”²⁹. La importancia concedida a la acción y la escritura del pensador mendocino, según el autor, estaba en haber sido un moralista –“teniendo más de apóstol que de doctrinario”– que trajo a Hispanoamérica las ideas de una nueva moral independiente que se estaba difundiendo en Europa y Estados Unidos, abrevada en su caso en las fuentes de Emerson y Guyau.

La indagación del autor remontaba al período colonial en los seminarios de Córdoba y Buenos Aires, donde no encontraba “otra ‘ética’ que la teológica”, correspondiente a los tiempos de la “decadencia de la teología española”. Expresaba conocer sólo unos *Apuntes de filosofía moral*, publicados por la Universidad Nacional de La Plata, en la colección Biblioteca Centenaria, debidos –quizá– a Fray Pantaleón García³⁰. Ya sobrevenida la revolución independentista, esa “moral” fue suplantada, según el autor, por una “moral cívica” para educar a los niños como ciudadanos, con toda la precariedad del momento. De allí en más repasaba el siglo XIX hasta el comienzo del siglo XX en la progresiva laicización de los temas morales, para concluir que correspondía a “Agustín Álvarez un sitio de honor entre los que han dado a la libertad de pensar y a la solidaridad social más importancia que a los dogmatismos religiosos y al racionalismo abstracto”.

Finalmente quisiéramos referirnos, dentro de la riqueza de la Revista en los albores de su segunda década, a un sugestivo artículo que anticipaba ideas y hechos que marcarían los años siguientes con la marcha de Mussolini sobre Roma, en 1922, y el ascenso del fascismo: “Las teorías de

28 Cfr. Año XIII, v. XXXII, n° 122, junio de 1919.

29 YCASATE-LARIOS, Félix, “Las corrientes morales en la Argentina”, año XIII, v. XXXII, n° 121, mayo de 1919, p. 9-19.

30 Información se hallará en Alberto CATURELLI, *Historia de la filosofía en la Argentina. 1600-2000*. Buenos Aires, Universidad del Salvador/Ciudad Argentina, 2001, especialmente pp. 209-211 y 981-982.

Gumplowicz y un manifiesto de la nueva Italia”, por Andrés Pascarella³¹. El interés que guiaba al publicista era que el lector pudiese juzgar por sí mismo, mediante la comparación, ambas posturas y “el acierto de Gumplowicz al determinar los propósitos que impelen a los pueblos a los unos contra los otros”. El sociólogo austriaco, de origen polaco (1838-1909), adhería al evolucionismo darwinista y defendía la existencia fundamental de “grupos humanos” funcionalmente diferentes unos de otros, que eran llevados a la lucha por la existencia radical, llamada por él “poligenismo”. En ese poligenismo el individuo era fruto del pensamiento colectivo y por esa misma pertenencia era llevado en sus actos. Su obra *Compendio de sociología* (1896) reunía las ideas centrales que profesaba. Pascarella resumió en el artículo los puntos centrales y luego publicó completo el “Manifiesto de la Nueva Italia”.

El Manifiesto intentaba situarse “entre la realidad de la guerra y la ideología de la guerra”, donde aparece el mismo biologismo que en Gumplowicz, por un lado, y, por otro, la crítica a la “ideología liberal democrática” impuesta al mundo por los imperialismos y, en este caso particular, por Estados Unidos, “el más largo de la historia”. Asumía que la sociedad era un organismo cuya existencia y fines serían distintos a los de cada uno de sus miembros. Según el Manifiesto, el liberalismo, en nombre de la igualdad, abo- lía las jerarquías sociales en el orden interno, y en el externo la “paz perpetua: los estados unidos del mundo”, con lo cual se tendía a la desorganización, es decir, a la “disolución de las sociedades históricas”. Afirmaba la lucha como ley fundamental en todos los órdenes de la vida, por la cual se cumplía la evolución de “pueblos y razas”. La temible y hórrida propuesta del Manifiesto era la “disciplina de la desigualdad” para obtener la “jerarquía y organización interna” y la libre lucha de los pueblos para la afirmación de los más preparados. Naturalmente, al Estado correspondía ejercer el rol de guardián y actor principal “en beneficio de todos”: “Más fuerte, más poderoso, más rico es el Estado, más alta, más próspera, es la vida de los ciudadanos: ‘civis romanis sum’”. El Estado-fuerza era de origen latino e italiano, según el Manifiesto, y dentro de los cinco imperios del momento –Estados Unidos, Japón, Gran Bretaña, Francia y Rusia–, Italia no podía desaparecer: “[...] todo solicita a Italia el cumplimiento de su misión imperial [...]”.

31 PASCARELLA, Andrés, “Las teorías de Gumplowicz y un manifiesto de la nueva Italia”, año XIII, v. XXXII, n° 121, mayo de 1919, p. 46-64.

Ya en el final de nuestro recorrido, hemos tratado de mostrar que el tema dominante en aquel amanecer de la segunda década de *Nosotros* siguió siendo la acción bélica que ensombreció el papel modélico jugado por la sociedad europea en la Argentina y puso al desnudo sus mayores defectos. No fue casual que en aquellos momentos las miradas se volvieran hacia cuestiones nacionales, de muy diverso orden, pero especialmente a un reconocimiento de la tradición cultural. También que quizá, por primera vez de un modo amplio, se sintiera que el espacio más noble de nuestros lazos debía ser Hispanoamérica, Latinoamérica, Indoamérica o como se la reconociese según los pensadores³². De alguna manera se podría afirmar que, desde el punto de vista cultural, fue después de 1900 cuando llegamos al agotamiento –dicho con prudencia– del siglo XIX, en donde la I Guerra nos hizo ver otros horizontes. Tristemente, la guerra, toda guerra, continuaría acumulando víctimas en esa primera mitad del siglo XX, entre inventos armamentistas que marcaron varias generaciones. La esperanza de una nueva era pronto acabó con su magia, pero sin embargo no acabó con el espíritu de superación que pasó a fundirse muchas veces con la desazón.

32 Dicho esto sin desconocer el pensamiento decimonónico que, con mentes preclaras, también lo sintieron así.